

S. XVIII
1699
(9)

ORACION,
QUE EN EL DIA
DE SAN FRANCISCO DE BORJA,
QUARTO DUQUE DE GANDÍA,
Y TERCERO GENERAL
DE LA COMPAÑIA DE JESUS,
DIXO
EN LA CIUDAD DE GANDÍA,
PATRIA DEL MISMO SANTO,
EL DIA 10 DE OCTUBRE DEL AÑO 1817,
EL P. BUENAVENTURA PRATS,
DE LA MISMA COMPAÑIA, CATEDRÁTICO DE RE-
TÓRICA EN EL COLEGIO DE SAN PABLO DE
LA CIUDAD DE VALENCIA.

CON LICENCIA.
VALENCIA, IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT.
AÑO 1817.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 773-936-5000
FAX 773-936-5000
WWW.CHICAGO.EDU

Imitatores estote mei, sicut et ego Christi.

Sanct. Paul. I. Corinth. c. I I. v. I.

Con mucha razon, A. O. M., todos los que pertenecemos al pueblo cristiano nos gloriamos, segun el Apóstol, *in spe gloriæ filiorum Dei* destinados desde ahora coherederos del Unigénito de Dios vivo, y de su eterno reyno, para entrar muy en breve en la plena posesion de tan inmensos bienes. Pero ay! hermanos míos carísimos, que es necesario pensar seriamente en la condicion muy expresa; que en la divina palabra acompaña inseparablemente tan grandes promesas. *Si hæc scitis*; si teneis bien entendido quanto os he dicho; no por esto, les dice Jesu-Cristo á sus discípulos, sereis dichosos. ¿Pues quando lo seremos finalmente, Señor? *Beati eritis si feceritis ea*. Quando pusiereis por obra esas mismas cosas, que sabeis que exige severamente de vosotros la Divina Ley. Desengañémonos, A. O. M., obras, y obras cristianas, obras de paciencia y humildad, obras de cristiana dileccion y caridad, y perfecta imita-

Parecerá tal vez á alguno cosa fácil elogiar al grande Borja en su patria: como dixo un célebre Orador antiguamente, ser fácil cosa alabar á los Atenienses en Atenas. Pero á mí, que muy atentamente lo he mirado; por esto mismo me parece esta empresa ardua y difícil. Háse de alabar á Francisco de Borja en su Gandia. ¿Cuál de sus proezas y glorias en ella se ignora? ¿Cuál hay entre ellas, que ó por sí sola, ó junta con tantas otras, igualmente admirables, no haya ocupado dignamente mil veces la lengua y la pluma de sabios Escritores y Oradores? Desde luego ¿entraré en el océano de las grandezas de la casa de Borja? ¿por dónde empezaré? ofreciéndose de por junto á la memoria todo quanto hay de mas respetable y excelente en las cosas humanas. Si esto intentára, se me acabaria antes el dia; pero no se acabaria mi discurso. ¿Trataré pues de las virtudes del Duque? pero no diré sino lo muy sabido en su patria; en la qual no solo sus ilustres Ciudadanos, sino los mismos muros y edificios, pregonan sin cesar sus admirables exemplos. Veamos pues si se podria hallar alguna cosa, que sin que nada sea de todo esto, á todo esto grandemente sobrepueje. Grande cosa es entre los hombres traer desde luego su origen de noble patria, y de ascendencia ilustre y gloriosa, tener como sembrada la vida, desde la cuna al sepulcro, de grandeza, de dignidades, de honores, no solo

bien merecidos, pero hechos aun mas gloriosos con eminentes y continuas empresas en acrecentamiento de su Fe, de su Rey y de su patria. Grande y admirable elogio seria este sin duda. Pero si se nos presentase una virtud de un heroismo tan sublime y elevado, que todo este gran cúmulo de gloria, de grandeza, de mérito, de virtudes, de exemplos, y añadid aun, de dones liberalísimos y extraordinarios de las manos de Dios; no sirviesen sino de una como nobilísima basa, sobre la qual descollase elevada hasta el cielo una inmensa resplandeciente columna de evangélica luz; ¿esta tal no os parece, que seria digno objeto de grandioso elogio de un tan esclarecido héroe, aun en su patria? Esta es pues, O. M., la heroicísima humildad de vuestro Borja, en el agregado de todas sus circunstancias, poco menos que inverosímil é increíble, sino en su misma patria, testigo irrefragable de sus virtudes. No espereis pues de mí, que me detenga en las singulares muestras desde su inocente niñez de modestia, de oracion, de penitencia, de caridad y cristiana paciencia. Tampoco diré de su brillante y amable juventud, la dulzura de trato, la cristiana generosidad y nobleza; casto, mortificado, inocente en la mas espléndida de las cortes; y en medio del pleno favor de ambos Augustos mantenerse, á fuerza solo de cristiana virtud y vencimiento propio, ni envidiado ni envidioso: todo esto grande es en verdad, mag-

nífico y espléndido elogio de Borja; pero era esto solo comenzar á manifestar el Señor, que absolutamente quería se verificasen del todo las insignes profecías sobre la excelsa cumbre á que llegaría bien presto su admirable virtud.

Tocaba ya nuestro Borja, aun casi en el oriente de su vida, el zenit de la gloria y de la dicha. Un matrimonio el mas feliz y envidiable, cubierto de honras, favores y rica fecundidad; un valimiento; ó mas bien íntima confianza; y amistad con el mas augusto de los Césares; una vida, en medio de la mas florida juventud, y de una corte, la mas brillante de la tierra, no como quiera cristiana, sino hecha ya la edificación, admiración y espanto de los hombres de corte, aun piadosos: este fue el punto que eligió la sabiduría divina para fabricar y levantar en nuestro Borja, maduro ya para tan grande empresa, en el seno mismo de la gloria mundana, un coloso de evangélica humildad, una prueba pública, evidente, incontrastable de que todo es posible á la divina gracia, si nuestra perversidad y malicia, cubierta de pretextos vanamente filosóficos, verdaderamente mundanos, no la desobedece y la resiste.

La flor de la hermosura y de la honestidad, la felicidad, el amor, y casi la vida del César, la fabricadora en gran parte de la paz y fortuna de Francisco (¡profundos y adorables juicios del Altísimo!) en breves dias quedó un frío ca-

dáver, y dexó en todos los corazones virtuosos y sensibles profundo dolor é inconsolable llanto. Francisco, como el mas íntimo confidente de ambos Augustos, es aquel á quien confia el César, medio difunto el mismo, el duro aunque muy honroso encargo de acompañar á Granada el imperial cadáver. Parte á la no gustosa obediencia el grande Borja, ignorando quén otro hombre volverá del que parte. Entretanto el corazón bien preparado con la vida inocente, con la oracion y la Fe, en medio de un tumulto de afectos, arraigaba en el desprecio de todo lo mortal y visible. En esto, ya próximo al gran paso, se le pone delante en medio del dia y del camino, llena de inmortalidad y de gloria, su santa abuela, difunta en aquel mismo punto en la descalcez seráfica de Gandía; y, *Ya es tiempo, hijo*, le dice, *que comiences á subir el camino que te tiene Dios aparejado, en que le sirvas*: esto dicho, se encaminó rodeada de luz celestial al Empíreo, dexando el corazón de Francisco resueltamente dispuesto á hacer la voluntad de Dios. Lo que sucedió á Francisco entrando en Granada, ninguno de vosotros lo ignora. Llega el momento de la solemne entrega: presente lo mas ilustre y noble de Granada: va á jurar Francisco ser aquel el cuerpo de la Isabel Augusta. Descúbrese por órden suyo la real caja, para mayor seguridad del juramento: al intolerable hedor apenas hay quien resista: resiste

Borja, y levanta con su mano el velo que cubre el imperial cadáver; ¡O vista! ¡O momento! en ti empieza el pleno cumplimiento de los divinos designios. Nadie resiste al espantable aspecto, al fétor insufrible huyen todos: Borja solo ni huye, ni suelta de las manos el velo; inmóvil como de una estatua su cuerpo; fijos en el designio los ojos; puesto el corazón en el cielo. Llámale á grandes gritos: nada oye. Hay quien con precaución extrema se anima á acercarse, y asirle y tirarle del vestido; pero el alma estaba en éxtasis altísima, recibiendo del divino Sol copia grande de luz, de gracia, y de fortaleza para emprender y consumir un prodigio de humildad evangélica, á despecho de la carne y de la sangre, á despecho de la edad y de la fortuna, á despecho de la razón de estado, á despecho de la filosofía insensata, á despecho del mundo y del infierno. Concluida, como se pudo, la ceremonia pública, retráese á una obscura pieza el Marqués; derribase postrado en el suelo, pegada la boca y la cara con la tierra: allí despues de nueve horas continuas de oración, se resolvió inviolablemente, entre luchas de la carne y auxilios poderosos de la gracia, quanto de maravilloso obró despues con el favor divino el ya humilísimo Marqués, humilísimo Privado, humilísimo Virey, humilísimo Duque, humilísimo Comisario en España, y por fin humilísimo General de la Compañía en Roma.

Sigámosle, y admiremos. Vuelve á la corte Francisco, mudado ya en otro hombre. El primer encuentro fue un exemplo del todo admirable. El Grande Almirante, no sé bien sobre qué puntos de gobierno, habia tenido con Francisco antes de partir este á Granada una contienda algo viva y porfiada: el Marqués, vuelto ya lleno de Dios y de su espíritu, deseaba borrar hasta el mínimo residuo del sinsabor pasado. Dió parte de su llegada al Almirante: pidióle hora y lugar, donde á solas se viesen: creyó aquel noble cortesano, segun usos de entonces, era este sin duda un desafío: el valor, el brio, el valimiento, la juventud del Marqués se lo hacían del todo creíble. Señaló puesto y hora: acuden ambos; el puesto es solitario; testigos Dios y sus ángeles. Quando en vez de puñales ó espadas, en vez de reproches ó ultrajes, ve de repente el Almirante al mas valiente caballero de la corte, al jóven de mas ardiente espíritu, al mas poderoso valido, al noble Marqués de Lombay postrado humildemente á sus pies, pidiendo perdon el ofendido al ofensor con sentidas y abundantes lágrimas. No es fácil de expresar con palabras la sorpresa, la admiración y el espanto del noble Almirante. Abrazos, amistad perpetua, y ser un continuo pregonero de la humildad prodigiosa del Marqués, fueron el justo efecto de tan heroyco exemplo. Veinte y nueve años eran entonces la fresca mocedad del Borja:

treinta y tres sobrevivió creciendo prodigiosamente en él, como las demás heroicas virtudes, así, y principalmente, esta profunda y singularísima humildad. En esto disponíase á partir el César para otra grande empresa, digna de su valor y zelo, contra la Liga Smalcádica. Sirviese de esta oportunidad el gran valido: comunica todo su corazón al corazón del amigo: pídele el retiro de la corte; añade tiernas lágrimas; insta, suplica; ruega. Pero esta sola vez se le endurece el César: le coloca antes bien en mas sublime eminencia: se vale de la razón y del mando, y le envia Virey á Cataluña, persuadido que es allí del todo necesario al Soberano y al Reyno. Dobla la cerviz Borja á la obediencia, y parte con toda su casa á su destino. Era este Principado, como siempre, la llave mas importante de la corona de España: pero por nuestra buena suerte, era tambien entonces Cataluña buena porcion de lo que en el dia es Francia. En su partida el César dexaba á sus espaldas, inminente á su corona, á su mayor enemigo: ajada sí su vanidad y humillada su ambicion; pero no era de dudar, que ausente Carlos, olvidaria juramentos y tratados; y mas viendo fiada toda la resistencia al ímpetu y venganza francesa, á un jóven de tan fresca edad. Pero Carlos sabia ya muy bien por otras pruebas, qué muro, y cuán inexpugnable, dexaba á su corona en la fidelidad y valor, virtudes y consejos del Marqués.

Su esperanza no quedó burlada. Francisco, el de Francia, envejecido en artificios y batallas, despreció al santo jóven de España: este sin olvidar los deberes de un hábil y valiente General, consulta al oráculo del cielo: este habla; y le instruye; obedece Francisco: huyen con ignominia deshechos los orgullosos, los fuertes; y el Marqués dando toda la gloria á sólo Dios, vuelve cubierto de honor; pero en su corazón mas santo y mas humilde, á Barcelona. Repri-me en Cataluña los funestos y furiosos bandos; hermosea y asegura la noble capital del Principado; la abundancia, la justicia y la paz, unidas á las artes y á las letras, parecieron haber pasado á Cataluña el siglo de oro. Llovian las cartas del César, y las de los Generales y Grandes, llóvian las acciones de gracias, y las admiraciones y elogios de los consejos supremos, de las provincias y ciudades, del Papa, Cardenales, y Príncipes extrangeros, cubriendo todos de honor aquel portento de juventud y prudencia, de valor y santidad. Y entretanto, en el colmo de la fortuna y de la gloria, el Virey D. Francisco ¿en dónde vive? ¿En dónde le hallaremos? ¿Dónde está? ¡O grande confusion y vergüenza de la vana sabiduría del mundo, y de la filosofía insensata! Francisco, el humillador de la Francia, el prudente y sabio gobernador de estado, pegada la cara al suelo, postrado y llorando, está las seis, las ocho y mas horas humillándose á

la presencia de Dios, envuelto en los mas profundos sentimientos de su nada, y en el constante desprecio de toda grandeza humana. Allí se fortalece su Fe, de allí sale rico de sabiduría del cielo, y cubierto de dones y proteccion divina. Esto en la noche. De dia lo que no da á las obligaciones de su casa y gobierno, ó en la iglesia, ó en obras de humilde caridad, ó largamente tratando en extrema confianza con el pobre y humilde, pero santo religioso, Fr. Texeda. Tal era Francisco en su florida edad, y mas brillante grandeza. Pero tanta humildad, probada en el desprecio de lo externo, para ser un portento, pedia una mas fuerte prueba. Dispúsola, y terrible, el cielo. Érase el dia de Santa Cruz de Mayo. Las mas nobles Señoras de la corte habian suplicado á la Vireyna tener entre ellas á solas sus divertimientos aquel dia, libres de toda etiqueta y sujecion; mientras tenian los caballeros aparte en otras salas su fiesta. El Marqués quedó encargado de zelar el inviolable acceso á las damas. En medio de la comun alegría, se presenta lleno de brio y de pasion un jóven de la mas alta esfera. Muy comedido el Marqués le dice las circunstancias del dia, y las leyes que á los caballeros han impuesto las damas. Niega el apasionado y vano caballero, que para él pueda haber puerta alguna cerrada: *O se retire, ó este puñal*, le dice, *abrirá por vuestro pecho paso allá dentro.* ¿Qué hará en tal aprieto de ho-

nor un Virey, un jóven sin igual en valor y hazañas de caballero? resistirá? basta á esto la mas ligera señal: las guardias y toda aquella fiel nobleza, los ojos puestos en él, las manos en los estoques, esperan este momento. Francisco lleno de Dios mira todo tranquilo. Prevé los males sin fin, que se seguirian sin duda de venganzas, de bandos, de discordias: conoce con luz divina el artificio del infierno, que con la temeridad de aquel jóven, quiere arruinar quanto de bien se habia obrado hasta aquel punto. Fia en Dios, y se acoge á la santa humildad. Vencese á sí mismo, se retira con universal pasmo, y cede el paso. Siguióse la confusion y vergüenza del ciego caballero. Aborrecido, huido, ultrajado de las damas, se turba, se pierde, se hiere á sí mismo malamente. Sale huyendo de palacio, de Barcelona, y todo el Principado, temiendo á cada paso el merecido castigo. Francisco no solo manda dexarle el paso libre, sino que se adelanta á detener el rayo de la venganza del César, y obtiene pare todo en severidad de palabras; tales con todo, que para siempre le quitaron del corazon la locura. Tal es la filosofía, tal la venganza, tal la gloriosa victoria de la humildad de Francisco.

Entretanto mal hallado el Virey entre vanidades, y honores, suspiraba por abandonar las cortes y esperanzas, y retirarse á Gandia. Renueva al Emperador las súplicas; resiste

constantemente el César. Por fin propicio el cielo, dispone la muerte del Duque D. Juan, su padre. Cede finalmente Carlos: y antes una conferencia larga y memorable preparó en entrámbos, lo que bien presto admiró el mundo en Oñate, y en Joste. Entra en sus estadados el Duque, y con él entran todas las bendiciones, y virtudes. Tú lo sabes, Ilustre Gandía, los bienes, que te entraron con Francisco. No es este hoy el asunto detenido de mi empeño: mil veces han sido celebrados; ni jamás podrían serlo bastante, los hechos gloriosos y benéficos de tu Señor y Padre, de tu Apóstol y Maestro, del autor principal de tu esplendor y glorioso renombre. Pero tú viste, ó venturosa Gandía, un exemplo tan raro y tan heroyco, que no sé qué otra ciudad ninguna ni lo hubiese visto antes, ni haya logrado verlo despues. El Papa Paulo Tercero le presenta un ilustre Capelo para un hijo, el que quiera. Es un padre, es un Duque, es un Borja, en cuya sangre van mezcladas con Mitras y Capelos, dos Tiaras: este Capelo, en un hijo de tal Duque, y Borja, en un hijo criado con tanta piedad y virtud, con el pleno y decidido favor de Paulo, de toda Roma, y del César, era la cierta prerogativa del tercero honor de la Tiara en su casa. Pero el humilde Borja, en medio de tanto esplendor, no dexó que el amor le arrastrase ciegamente. El zelo

de la divina gloria, la poca edad del hijo, le hacen que exámine el asunto. Es dócil el jovencito, es virtuoso (era puntualmente Don Juan, predilecto de Francisco); lo es; pero es jóven todavía, puede mudarse, puede degenerar de estos principios: por un momento duda, titubea, fluctua; pero á las razones de su virtuoso zelo se añade luego y da peso el impulso irresistible de su profunda humildad. Resuelve, agradece, rehusa. Algunos, aunque bien pocos, nos han dado este exemplo en sus mismas personas: pero en un hijo, y tal hijo, un jóven padre, y tal padre, en tales y tan seducientes circunstancias; no es mas que un solitario, y muy sublime exemplo de humildad evangélica, que dispone la bondad divina, para excitar ó confundir nuestra pereza y orgullo. ¿Qué diré de su espantosa humildad quando en medio de sus vasallos, en un público sermon, notado malamente de codicia irreligiosa, en vez de castigar tan escandalosa insolencia, ó reprender siquiera en un ministro de la divina palabra tanta groseria é ignorancia; no mira en él sino á Cristo, va luego al punto y renuncia á su extática tia en este señálico monasterio, sus dones, sus testamentos? ¿Y cómo dexaré que salga el santo Duque de su patria, sin tocar siquiera de paso la Universidad de Gandía? obra la mas grandiosa y benéfica de sus manos, monumento de su munificencia, y documento al mismo tiempo de su humildad

sin exemplo entre los hombres. Dando prisa maravillosa el mismo Borja, entre muestras indecibles de humildad y zelo, asistiendo por vias no conocidas la providencia divina, se vieron, como por prodigio, levantadas dignamente la Universidad, y la casa de la Compañía; y en ellas se vieron en pocos años reunidos; cuáles y cuán admirables sujetos! Un Fabro, despues de Ignacio, columna la más firme de la Compañía; un Araóz, próximo pariente de Ignacio, y en el espíritu y raros dones de Dios muy parecido al mismo; un Andrés de Oviedo, luego despues Patriarca, y glorioso Apóstol de Etiopia; el insigne Mártir de Cristo Gonzalo Silveira; un Miguel de Torres; un Emanuel Saa; un Diego Miron; un Diaz, sucesor del Apostolado de Xavier; y tantos otros á estos nada inferiores. Pero mientras corria la fama de los insignes varones, que honraban la Universidad de Borja; mientras el Papa y el Emperador la ennoblecian con los mayores honores y privilegios; mientras el mismo César, y el Santo Patriarca Ignacio, y tantos Grandes y personajes ilustres consultaban de todas partes al ilustrado Duque; resuelve este por insinuacion de Ignacio, dar un maravilloso exemplo de humildad, con que admirar de nuevo á todo el mundo, y consagrar santamente su Universidad. Renovados con presteza los estudios todos de su juventud; emprende con ardor el estudio de las ciencias sagradas;

peró de una manera tan nueva, que la duracion de los siglos no es fácil, que halle otro exemplo en la historia parecido del todo. Baxaba el ilustrísimo Duque, en el corazon de sus estados, á la vista atónita de sus vasallos, como el último de los discípulos, igual en todo á ellos, á oír y escribir con su mano los dictados ajenos. ¡O pluma exemplar y gloriosa! ¡O marío hartó mas ahora admirable, que quando al lado del invicto César en Italia te cubrias en tu tierna edad de laureles, ó quando en Perpiñan humillabas el orgullo del enemigo de España! ¡Y pudo hallar lugar todavía en Gandía un tal hombre para mas humildad? Le halló sin duda. En medio de los mas lucidos estudios, y rodeado de Doctores y aplausos, el mismo ya Doctor y Maestro, todos los ratos, y no pocos, que podía, los pasaba sobre un banquillo mal sentado, en la pobre tienda de un pobre y santo artesano, su vasallo; tratando muy de espacio con él del desprecio del mundo, y de la grandeza de los bienes eternos. ¡O imitacion inaudita de la mansedumbre y humildad de Cristo! ¡O sed insaciable de la santa y voluntaria humillacion! No hay pues que extrañar, O. M., si Universidad con tanta luz y exemplos comenzada, continuó gloriosamente su carrera, hasta que espiró con decoro, no habiendo degenerado en la doctrina de tales maestros, ni envejecido indigna de tan nobles principios. Abrense en esto las Cortes

de Monzon, que presidió el Príncipe D. Felipe. Quieren este y el César, que no esté ausente de ellas la persona y consejo del Duque. Presentase obediente Francisco. Pero cómo se presenta? con el mas sublime desprecio de la grandeza humana, y amor del voluntario abatimiento y humildad. Crece en Felipe, antes que menguar por ningun lado, la alta estima. Lo quiere absolutamente su Mayordomo mayor, y tanta virtud y acierto en los consejos inseparable á su lado: pero ya la humildad de Francisco traía contra la prevista tempestad el irresistible conjuro. Muéstrale en extrema confianza su Profesion solemne religiosa, despues de pasada al cielo Doña Leonor, hecha ya, y aceptada por Ignacio, y solo por el Sumo Pontífice suspendida su publicacion, hasta poner lo doméstico en orden, y los hijos en estado. Suspenso y atónito Felipe, entre admiracion y respeto, cede al empeño. Pero sigamos á nuestro Borja á Roma, adonde Duque todavía, y con la debida grandeza, rodeado con todo de apostólicos varones, va á tomar con su padre, el grande Ignacio, las últimas providencias sobre el tiempo y forma de la execucion de su estupenda empresa. La gran Roma, sabiendo que estaba ya vecino á sus puertas el Duque, salióle como en triunfo al encuentro. Desde el Pontificio todos los palacios de los Grandes y Príncipes le esperan y ruegan, Roma al grande Borja, la Política al gran valido del César. ¿Qué

resolverá nuestro Duque? no duda un instante. La pobre casa de Ignacio, y de sus pobres hijos, es el hospicio que escoge un valido de Carlos, un Borja, en Roma. El Duque, casi ahogado y sumergido entre cortejos y adulaciones, poco menos que adoraciones, de aquel mundo abreviado; repetia sin cesar: *Omnia arbitror ut stercora*; suspirando solo por sus largas horas de oracion, y por dar, con incesantes lágrimas de inexplicable gozo, continuas y portentosas muestras de humildad; metido todo un Borja ó en lo mas baxo y humilde de una pobre cocina, ó en la mesa sirviendo primero, y luego postrado á los pies de aquellos pobres de Cristo, besándolos y regándolos con ardientes lágrimas. Allí mientras goza como de un paraíso en la tierra, llega de repente á sus oídos una voz bien segura de su próxima exáltacion á las mayores honras. Se llena de pavor el humildísimo Duque, y consultado el oráculo del cielo primero, y luego el de su santo Patriarca en la tierra; huye en el obscuro silencio de la noche, huye como de una inundacion, ó de un incendio, huye sin detenerse en parte alguna un solo dia, huye, y no se da por bien huído y seguro, hasta dar con los fines de Occidente, escondido en los montes de Cantabria. Allí piensa poner término su admirable humildad á la persecucion molesta de las honras mundanas, con publicar, como hizo, la solemne renuncia de toda su grandeza y esta-

dos, y manifestarse á las claras uno de los hijos de Ignacio, y compañero inseparable del crucificado Jesus. Aquí quisiera exclamationar con esfuerzo de eloquencia, y diria ciertamente la verdad: *Quis audiret unquam tale?* Pero no es tiempo todavía, mucho mas van á subir de punto los prodigios y exemplos de la humildad de Borja. Llenó desde luego este paso, tan inesperado y tan nuevo, la Europa toda; todas sus grandes cortes; toda la nobleza y letrados, de maravilla y sorpresa. Quién lo creyó un heroismo de humildad evangélica, y se animó á imitarlo. Quién lo apellidó irreflexión, ligereza, y casi escándalo. Quién finalmente con lo mas lucido de los vanos letrados y juventud brillante, melancolía, ó locura. Pero bien presto la divina sabiduría mostró, como constantemente rehusa para sus mas ilustres empresas los consejos de los sabios hinchados, *humilibus autem dat gratiam*. Consagrados aquellos montes de Guipúzcoa, á quatro solas leguas de Loyola, en la famosa ermita solitaria de Oñate (Oñate, humilde Oñate! noviciado memorable del Apostolado de Borja; y tú humildísima casa de Simancas, oh! me fuese ahora permitido describir los portentos, los prodigiosos exemplos de apostólicos varones, que allí produjo y formó la exemplarísima humildad del grande Borja!) consagrada aquella soledad y aldeas vecinas con exemplos increíbles de humildad y zelo; el mismo Borja

consagrado ya Sacerdote, y en su perpetua oracion lleno ya el pecho del divino espíritu; salió este Duque apostólico á difundir la luz divina del desprecio del mundo, y amor de la cruz, y humillacion de Cristo, por los vecinos pueblos y toda Cantabria. Bien presto, hecho un Pablo en Antioquia ó en Atenas, le vieron con admiracion las populosas ciudades; bien presto le veneraron las mayores cortes; bien presto le oyeron y respetaron atónitas las mas ínclitas Universidades. Y á la verdad, eran prodigiosos y continuos los nuevos exemplos del amor de la humillacion y de la cruz en nuestro Santo. Porque así lo ordenaba su gran Padre, porque así vivamente lo deseaba el César, porque así no cesaba de rogárselo en su ausencia Felipe; con frecuencia se hallaba en la corte de Valladolid; y aquella noble Princesa, Gobernadora de España, no reposaba sino en los consejos de Borja, como de oráculo. Salia de palacio Borja acabando de recibir los mas altos favores: pero salia como si le hubiera mordido una vívora, y corria á saciar su ardiente sed de humillacion y de oprobios; y en la primera portería, en donde veía mas pobres, hecho tal que parecia uno de ellos, se confundia entre la turba, comiendo de limosna algun mendrugo. Y vez hubo (es necesario decirlo, para confundir siquiera un momento nuestra muelle delicadez tan reprehensible) vez hubo, que con el mas llagado y asque-

roso se puso quietamente á comer en la misma escudilla, y lo que el otro dexó, con un nuevo mendrugo lentamente saborearlo el santo Borja. Era ya Comisario General de la Compañía en España por disposicion de Ignacio. Todo por aquellos tiempos ó lo fundó, ó lo estableció Francisco, que de todos aquellos hombres de Dios era la sombra y el padre, aun á costa de continuos milagros. Con todo, al visitarlos todos uno por uno en Portugal y España, nada les parecia á todos aquellos hombres humildísimos y mortificados todo lo que eran y hacian, en comparacion de lo que admiraban sus ojos de extrema humillacion, la mas abjeta, en aquel Grande, aun entonces, y mas que antes entonces, predilecto Consejero, y valido de Felipe y de Carlos. Pero tomemos huelgo por un momento mis A. O., mientras me dispongo á proponeros en breve lo mas singular todavia y sorprendente de la humildad de Borja.

PARTE SEGUNDA.

Paréceme, cristianos oyentes, que dexo con solidéz y evidencia bien probada la primera parte de mi asunto: esto es la singular, y admirable humildad de vuestro santo Duque, constantemente acompañada de una sed insaciable de voluntaria humillacion. Veamos ahora quanto se aumenta la admiracion y el

espanto, viendo tanto mas crecer y aumentarse estas virtudes, quanto mas parecían incesantemente contrastarlas el favor, la grandeza, los honores, y aun los mismos extraordinarios dones del cielo.

Estaba Borja recogiendo los frutos de su apostolado en Cantabria y en la vecina Castilla, bien seguro, segun él pensaba, que colocado en tan remotas partes, arrojada de sí hasta la sombra de la grandeza pasada, y vestido de la mas humilde librea de Jesucristo, nadie ya ni se acordaria siquiera del pobre Padre Francisco. Acababa de arreglar, con inexplicable consuelo, en la casa de la Reyna el nuevo celestial plantel de la Seráfica Descalcéz de Gandia, trasladado á Castilla. Absorto en estas delicias del cielo, llegan, y se le entregan unos pliegos de Roma, que traian para su humildad juntamente la muerte y la vida. Porque Dios quiso probarle, abrió primero el que, de solo verle, le dió desde luego con los sellos un mortal sobresalto. Era un Breve del Papa, en que entre grandes elogios de su casa y persona, se le presentaba el Capelo de la Romana Púrpura. Este escrito leído, solo le quedó aliento en el pecho para arrojarse hecho un mar de lágrimas sobre la tierra. ¡Ó Fe triunfadora del mundo! ¡Ó pruebas anticipadas de los bienes eternos! ¡Ó fuerza de la luz di-

vina, que habia penetrado los senos de aquel sagrado espíritu! Alentado con todo del favor divino, levántase y abre el segundo pliego, y á pocas líneas quedó inundado de increíble gozo, viendo que las penitencias y oraciones por tres días continuos de Ignacio y de sus compañeros, habian obtenido declaración del Papa, de quedar la aceptacion de aquel honor dexada á la voluntad de Francisco, seguros el santo Patriarca y los suyos, que antes él aceptaria la muerte. El Santo entonces absor- to y fuera de sí cantaba las glorias, y alabanzas del poder de la diestra del muy alto, que triunfaba en él de la gloria mundana. ¡Ó prodigio! ¡Ó asombro! Pero para mayor asombro de todos los siglos, y confusion de la ambicion humana: pasados apenas dos meses, sobrevino á su humildad una como inundacion de honras, que casi le sumergió. El César siempre augusto, el resuelto y mal flexible Felipe, combinados con el Vicario de Cristo en la tierra, resuelven sacar de una vez tanta virtud, tanta luz, tan alta nobleza de entre montes y chozas y hospitales, y colocarla en la sublime altura, bien próxima, y solo un paso distante de la última exaltacion. Armase por todos lados al Cardenal Poggio, Nuncio Pontificio, de breves, órdenes, instrucciones y cartas, y él así armado encaminase á vencer y rendir la hu-

milidad de Francisco. Llega carta del Cardenal á Francisco, en que se le da cuenta de todo, y le ruega pase de la casa de la Reyna, á Santo Domingo de la Calzada, en donde el Cardenal le espera. Leer la carta el Santo, y caer despavorido en el último desaliento fue un punto solo. Acude para su mayor trabajo al mayor de los remedios, la humilde y fervorosa oracion; y en el mismo tiempo y lugar subieron juntas al cielo las lágrimas de Francisco, y las servientes sú- plicas de aquellos Serafines, trasladados poco antes de Gandía á Castilla: á todos habla el cielo: parta, y parta luego, y nada tema Francisco. Parte al punto animoso, y llega á la presencia del Nuncio Cardenal. Despliega este el esquadron formidable de órdenes, de instrucciones y breves. Pero es inaccesible á toda humana fuerza la humildad, protegida del brazo omnipotente. Descubre el humilde Borja entre gemidos, y muy amargas lágrimas todo su corazon sencillamente al Nuncio Pontificio. Enternécese á tan compasivo espectáculo, y á tan sublime exemplo de no vista humildad, el pecho noble de aquel sensible Príncipe, y queda la victoria de tan reñida lucha para el humilde Francisco. Él libre de tal tormenta, da luego de tan señalado triunfo toda la gloria á su autor: *Extraxisti de laqueo pedes meos: laqueus contritus est, et nos li-*

berati sumus. Es obra, decia agradecido, de vuestra sola diestra esta victoria, *dextera Domini fecit virtutem.* Pero hasta aquí ha resistido Borja á honras y honores, rodeado de las bendiciones de dulzura del cielo, y del favor y amorosa estima de los hombres. Mútese por un momento la escena: enrequece contra sus amados hermanos, y luego embravezca también contra su venerada persona, una tempestad deshecha: soplen desencadenados por permission divina los mas contrarios vientos. Hónrele entretanto Dios con un continuo don de profecía y milagros; crezcan por otros lados, en medio del horrible torbellino, las mayores honras y favores. ¿Titubeará esta columna firmísima? ¿cederá amedrentado su ardiente zelo por la causa de Dios? ¿Ó mas bien, por evitar la furiosa tormenta, que amenaza tragarle, se escudará con las honras y el favor humano, que por las demas partes le sopla propicio? Por la verdad A. O. M. que fue este uno de los mayores y mas terribles conflictos, en que haya sido puesta jamás la paciencia y la humildad de un justo. Castilla, y sola Castilla, teatro de su zelo largo tiempo, y desde su niñez testigo de su excelso mérito, honradora perpetua y favorecedora de Borja, es ahora su perseguidora implacable. La heregía y la envidia, estrechamente uni-

das, levantan al rededor del trono una densa nube de calumnias, que aunque luego desaparecen la inocencia y la verdad disiparon; entretanto tuvieron en alguna suspensión el amor y la confianza de Felipe. Y Borja á todo este furor, si rehúsa las vias de justicia, si huya todavía mas las del favor, ¿qué resistencia oponerá? ¿tal vez alguno insigne milagro, como en él tan frecuente? Milagro; sí, fue milagro ciertamente, el que opuso; pero milagro de voluntario abatimiento, de paciencia heroyca, y de alta imitacion de la humildad de Cristo. A nadie acusa, contra nadie recurre, dexa la causa á Dios, abandona la corte, dexa á Castilla, y en cumplimiento de la obediencia al Sumo Pontífice, que á Roma lo llama, resuelve partir por Portugal á Roma. En Portugal desde luego, ¿qué favor, qué honores le esperaban? fueron increíbles en la corte, y en todo aquel Reyno. Pero pasemos á admirar segunda vez á Borja en Roma. Precedido de la fama, deseado del Papa y de la corte, y mas de la Compañía, entró finalmente en Roma el santo Padre Francisco. Rebosaba el Sumo Pontífice Pio IV. de alegría, al ver ya asegurado en Roma tan singular tesoro. Toda aquella gran corte de la cristiandad sintió en breve el efecto de la presencia de un Borja Santo. Los Santos Cardenales, dos lumbreras de la Iglesia, Borro-

meó y Ghislieri (luego Pio V.) formaron con él estrecha amistad y liga indisoluble. Lainez, el grande y el venerado Lainez, su General, le veneró, le amó y en él puso su mayor confiar: nombróle desde luego Asistente de España. Partió Lainez de nuevo al gran Concilio y le dexó su Vicario General. Triunfante de la postrada heregia vuelve á Roma; nombra á Borja Asistente de España y Portugal y sus Indias juntamente. Pasado bien presto el gran Lainez á recibir del justo Juez el premio de sus apostólicos sudores por la Casa de Dios; la Junta de Profesos en Roma impone nuevamente á Francisco el peso de Vicario General; y en brève la General Congregación le nombra irresistiblemente, y le quiere su General y Padre de la Compañía. Triunfa de indecible gozo el Sumo Pontífice, confirma y quiere irrevocable lo hecho. Quanto hubo en Roma de Púrpuras, de carrozas, de Príncipes, de Embaxadores, y de toda grandeza inundó por muchos dias nuestra pobre casa Romana de congratulaciones y aplausos: creyendo todos ver próxima sobre el grande Borja la Púrpura y la Tiara. Pero no sabian, qué muro tan irresistible eran á los deseos, aun santos, de los hombres, sus lágrimas, y su humilde perpetua oración. Entre esta inundacion, que he descrito, de honras, ¿qué hace el santo Padre Francisco?

¿se deshace en ásperas penitencias y lágrimas amarguísimas; ¿huye entre sus pobres y hospitales; ¿sirve á sus mas humildes hermanos en los mas baxos oficios; ¿anda entre gemidos y sollozos besando los pies de todos, suplicando con humildes ruegos, aparten de tan flacos hombros tan grandes pesos.

Pero de su gran confidente Cardenal Ghislieri, hecho ya Sumo Pontífice, Pio V., que conocia el fondo de aquella alma grande, y deseaba prepararle para el alto grado, á que sus virtudes, y el universal deseo le llamaban; ¿el humildísimo Borja podrá defenderse? Apenas nombrado Sumo Pontífice da en público una tal muestra de su altísima estima de Francisco, que no sé, que jamás se haya visto ni oido semejante. Era el solempne dia, en que el nuevo Papa, con el tren mas augusto y numeroso, que pueda verse en el mundo, pasaba la primera vez, rodeado de aplausos y grandeza al Laterano. Su paso era puntualmente por delante de nuestra casa Profesa: el Padre General Borja con todos sus compañeros estaba, segun es allí costumbre, de rodillas enfrente de la casa, esperando la bendicion Pontificia. El Santo Pio, sordo y ciego á todo el fausto, y aplauso que le rodeaba, puso los ojos y todo su corazon en el Santo Borja, Manda,

que todo aquel inmenso torrente (cosa antes nunca vista, y no muy fácil) se detenga: ordena; que el Padre Francisco se le acerque; le estrecha con ternura indecible entre sus brazos; y mientras con extrema confianza se comunican entre sí luces y afectos estos dos varones santísimos; estuvo por medio quarto de hora en suspension toda la humana grandeza y su pompa; *plaudente*, repetiria aquí San Agustín sin duda, *plaudente Ecclesia, mirante Roma*. A la verdad fue la universal admiración superior á quanto pueda decirse. Pero fue sin duda de mayor maravilla, y llenó aquella gran ciudad de mayor y mas nueva admiración, quando al General Borja, que llenaba ya de la fama de sus hechos gloriosos todo el ámbito de mar y tierra, al querido del Papa, al consultado incesantemente de Reyes y de Príncipes, le vieron en un pobre vestido barrer, como el mas baxo criado, la calle y la plaza pública á la luz clara del dia; ó conduciendo de la mano un jumentillo, ir por agua para uso de la casa, á una fuente vecina. Ciertamente los Angeles, y los Santos aplaudian; y Roma, apenas creyendo á sus propios ojos, Roma entre edificada y estúpida lo admiraba. Pero ya es hora de recoger las velas: pues seria nunca acabar referir solo lo mas prodigioso en este asunto. Llegó finalmente el

último combate del honor y de su humildad triunfante. Quiere el santo Pontífice, que al Cardenal Alexandrino en su delicadísima embaxada le acompañe Francisco, de cuya santidad, acertados consejos, y crédito universal, fia el éxito principal de aquella empresa. Fue necesario al santo General baxar la cabeza; y obedecer al Vicario de Cristo. Recibido en España Borja de Felipe con honras y favores los mas singulares, y colmado en Madrid de los mas raros honores de aquel gran Rey y su corte; ¿cómo supo su humildad vengarse de la honra? oídlo. En medio del mas público y mas brillante concurso de la corte, iba por las calles el Padre General Borja al lado del Cardenal Legado; y con achaque de que el polvo ofuscaba la púrpura, con presteza y disimulo indecible la recoge, y sin ser mas posible al Cardenal Legado impedirlo, con espanto universal de toda la española Grandeza, un nieto del Rey Católico; y sangre de tantos Reyes, un Borja que tiene dos Tiaras en casa, el que tiene la confianza del temido y poderoso Felipe, va sirviendo á un Cardenal de caudatario. ¡Ó portento!; ó asombro!; ó santo amor de humillacion y desprecios en el heroyco Borja insaciable y rarísimo! Despues de esto ¿qué podria yo añadir? parece que mas allá de este extremo nada queda. Queda con todo, pero

en el punto de la muerte, un singular prodigio de humildad, para el qual fue menester, que redoblase los milagros el cielo. Vuelve de su feliz viage ya medio muerto á Roma; y en breves dias llega Borja á su último momento, despues de claras prendas del cielo de la felicidad que le espera. Rodeaba su humilde lecho la flor de Roma, y de sus afligidos hijos y compañeros. El ilustre Don Juan de Borja su hermano se hallaba á la cabecera de la cama. Estaba para espirar el santo, y sin vigor alguno: de repente abre los ojos, y los fixa con horror y con indignacion en una determinada persona, cuya cabeza descubre en medio de tanta gente: aprieta reciamente la mano de su hermano Don Juan, y con universal espanto, el inmoble moribundo da una vuelta con suma ligereza al lado opuesto. Don Juan bien entendió luego el misterio. Mandó retirar al punto á un pintor, que él allí habia puesto escondido: ídose este con su lienzo y pinceles; con un nuevo prodigio da la vuelta el moribundo, y alegre y en paz espira. Habiendo el cielo mostrado en aquella última escena con profecías y prodigios, quán acepta habia sido al Altísimo la perpetua voluntaria humillacion de Borja. Oh! este si que es lugar y tiempo de aquella exclamacion, que suspendí al principio; *Quis audiret unquam tale!* ¿Dónde

y cuándo se vió de por junto; en solo un hombre, tal serie de portentosos exemplos? ¿tanta y tan voluntaria humillacion? ¿tanta y tan perpetua sed de abatimiento? ¿tan grande, y tan constante fuga de toda sombra de gloria mundana? Y está todo, en medio de una como conjuracion perpetua de cielo y tierra, que sin cesar lo cubrieron desde la cuna al sepulcro de honras, de dignidades, de honores. O santa y triunfadora humildad! ó hija esclarecida del cielo! honrosa librea en el Empíreo de los hijos de Dios, y escudo impenetrable en la tierra de todos los justos! Alá bente dignamente las inteligencias celestiales ante el trono de Dios, que no es digno nuestro baxo language de tan divino empleo. Despertemos de una vez A. O. M. de tan profundo sueño, y reconozcamos á la presencia de tan prodigiosa luz evangélica, que es ya esta nuestra ó soberbia, ó pereza, ó cobardía del todo inexcusable. No es un infeliz, nacido entre las pajas; no es un solitario, criado en los desiertos; no es un triste, á quien han vuelto el seso las desgracias; no es un simple, que no entiende lo mismo que se hace: es un Borja, cuyo exemplo nos habla, nacido en la mayor grandeza; es un jóven lleno de brio, de viveza, de ingenio; es el íntimo compañero y amigo en letras y en batallas, del belicoso y

tierno: Garcilaso, es un espíritu cultivado en las Matemáticas, y en las bellas artes; es un cortesano, rodeado del favor y en el colmo mismo de la mayor fortuna. ¿Pero á qué mas rodeos? Es esta una obra toda de Dios, *ut simus inexcausabiles*; si á tanta luz resistimos. Ea pues, ó gloriosísimo Borja, volved hácia nosotros vuestros ojos, renovad con vuestra noble Patria la antigua beneficencia paterna, obtenedla del Padre de las misericordias abundancia de divinas bendiciones, y á todos los que en este dia glorificamos al Señor por los rarísimos dones con que enriqueció vuestra alma escogida, alcanzadnos copiosa gracia; para que huyendo de una creencia helada, toda dudas, y de una filosofía falsa, toda delirios; abrazados con la humildad de Cristo sigamos vuestros exemplos en esta mortal vida, para ser partícipes de vuestra inmensa gloria en la eterna. *Quam mihi, &c.*